

Siegfried KRACAUER: *Ginster. Escrito por él mismo*, Buenos Aires: Editorial Las cuarenta, 2018, 319 págs.

Si en la decimosegunda tesis *Sobre el concepto de historia* Walter Benjamin propende al materialista histórico cuya tarea “consiste en que la obra entera esté a la vez conservada y suprimida en la obra, en la obra entera la época y en la época el curso de la historia”, tenemos en *Ginster* un libro que cabalmente se presta para ello. Por primera vez traducida al castellano, esta novela semiautobiográfica de Siegfried Kracauer escrita entre 1927 y 1928 nos revela no solamente un género poco frecuente entre los pensadores que se incluyen en las constelaciones de la Teoría Crítica o una escritura que brinda solapadamente datos del autor, sino, sobre todo, la reunión y la plástica puesta en funcionamiento de las nociones y los motivos centrales de la obra del escritor francfortés en su conjunto. Así, figuras como las de la espera, la antesala, la extraterritorialidad, la masa, el desamparo, la liquidación del individuo, el vestíbulo como lugar de encuentro de seres anónimos, la metáfora del mosaico como pieza que reúne elementos dispares para formar conocimiento, la tensión entre las distraídas diversiones y el tiempo libre, el énfasis en la arquitectura o en la historia, el valor de los ámbitos intermedios, la pugna por la redención de los personajes marginales y las cosas desdeñadas desfilan en la pluma grácil de quien por entonces era uno de los críticos culturales de mayor renombre en la república de Weimar.

Ginster es el nombre del protagonista de la novela y es el mismo Kracauer; en definitiva, a ello se debe el lacónico pero sugerente subtítulo del libro: “Escrito por él mismo”. Se trata de un joven que se siente como un extranjero en la marea humana de la capital de una provincia alemana, que vagabundea por ella como en *terra incognita* (si usamos una expresión tan propia de Kracauer y que protagoniza su célebre investigación sobre *Los empleados berlineses* de 1929 y el primer libro publicado de modo póstumo: *Historia, las últimas cosas antes de las últimas* cuarenta años después) en los albores de la Primera Guerra Mundial.

Al igual que el autor, *Ginster* es un descontento, tanto con su profesión de arquitecto, como con todas las convenciones humanas. En medio del desconcierto, decide alistarse como voluntario en el ejército –no olvidemos que sin embargo el mismo Kracauer, extraño a las costumbres por antonomasia, confesará que su participación en la guerra constituyó uno de los pocos momentos en los que no se sintió solo–. Entre la gente de su alrededor, se destacan los personajes de su primo, Otto (quien configurará con algunos de sus rasgos el prototipo del hombre-masa) y

su tío, un circunspecto historiador que –al igual que en la biografía de Kracauer– será fundamental en su crianza.

Ginster se muestra espantado por las celebrativas miradas generalizadas sobre la guerra, en una sociedad en la que la división del trabajo se extrema hasta transformarse en la disociación definitiva de hombres que sucumben bajo la especialización y no se entregan a la vida como hombres enteros. Esta problemática, que es parcialmente abordada en su artículo de 1922 “Los que esperan” o el de 1925 sobre “El viaje y el baile”, tiene aquí un punto de eclosión evidente. La escisión entre seres privados llevará consigo una embelesada atención a las cifras de caídos en la guerra y apenas aparecerá la congoja en aquellas personas que experimentarán las pérdidas de su entorno inmediato. Todo ello toma lugar en un escenario en el que la realidad ha estallado y las palabras mismas fueron despojadas de valor.

Y es ahí mismo donde Ginster, a sus veintiocho años, reniega de la necesidad de convertirse en hombre, pues los adultos que él conoce ya fueron subsumidos bajo la fijeza de la profesión consolidada y la familia, formando figuras simétricas e inaccesibles –como la exactitud que caracteriza a las *Tiller girls*, los grupos de bailarinas de proveniencia inglesa que estaban de moda en la República de Weimar mientras Kracauer escribe su novela y que él mismo tan bien estudia en “El ornamento de la masa” de 1927–. En Ginster hay algo de “gaseoso”, de indefinido, como si estuviera permanentemente en una búsqueda sin fin, como Ashaverus, y que no se resigna a conformarse con las respuestas definitivas, las últimas cosas, sino que valora el camino, las últimas cosas antes de las últimas (y aquí se vuelven a plasmar con claridad algunos de los vocablos del libro sobre historia). Con esa tesitura y en plena exploración de sus posibilidades se enrola en las fuerzas armadas.

A lo largo del volumen, Kracauer maneja con ductilidad lo que él mismo llamará en su *Teoría del cine* y en su *Historia* la “ley de los niveles”, la combinación de los primeros planos y los planos generales, lo micro y lo macro, lo pequeño y lo grande para destacar su ineluctable tensión y su mutua necesidad. De ese modo, la novela no se remite a contemplar los detalles en sí mismos ni a trazar relatos de tinte épico. Por el contrario, cada uno de los pequeños momentos recorridos se conjuga con las miradas hacia un cosmos de escala global. Probablemente una de las descripciones más conmovedoras que se pueda incluir en estas tracciones se observe en la preparación del equipaje que Ginster va a llevar para enrolarse en el ejército. Kracauer, avezado observador del mundo de las cosas (tal como lo caracteriza Adorno en la exposición sobre su amigo denominada “El curioso realista”), se detiene

en cada una de las piezas que acompañarán al joven pronto a partir; un reloj, las vergonzosas camisas de tricota, unos mitones, paños de franela para los pies y libros inexcusables constituirán parte de una escena poco abordada por la historiografía o por la filosofía: los aprestos, la antesala de la participación en los conflictos bélicos.

El desempeño de Ginster en los ejercicios del regimiento lo pinta con la ambivalencia propia del mismo Kracauer: al mismo tiempo el protagonista experimenta la pertenencia a una comunidad y el sentimiento de soledad debido a que todos los demás poseerán talentos y habilidades que a él le serán negados. En el ejército y en la sociedad toda la gente desaparece por entregarse a la generalidad. Los reclutas, como la masa que puebla las ciudades, “estaban orgullosos de verse ahora idénticos entre sí, y se mostraban unos a otros. Quizás los uniformes no suprimían ninguna diferencia, sino que destacaban de manera correcta la semejanza, presente desde un comienzo, entre los rostros de los soldados” (2018: 208). El ejército es un ejemplo representativo de una sociedad en la que se consolida poco a poco la estandarización de movimientos, aspectos, opiniones, gustos, actividades y modos de hablar, donde la mecanización hasta del pensamiento se encuentra próxima a triunfar (no por nada Kracauer mira con tanta sospecha al “grupo como portador de ideas”). Será, un par de años después, el ejército de empleados de cuello blanco berlineses que estudiará Kracauer mediante una sagaz observación participante que dará lugar a su libro *Los empleados*.

En el aislamiento de Ginster reside, no obstante, su fuerza, pues no se resigna a la liquidación de su individualidad. Si en su libro sobre Offenbach Kracauer valora a la opereta como una forma de responder a la grandilocuencia imperante y a los discursos totalizadores, aquí encontramos, también, la afición por lo pequeño, por lo aparentemente débil, por lo raído o lo desdeñado para confrontar a su época. Ginster es un antihéroe que, en muchos planos, se aproxima Ginster a personajes cinematográficos como Chaplin (“el favorito de Kracauer”, dirá Adorno en carta a Benjamin de 1936, en plena polémica a propósito del artículo sobre “La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica”) –pues está involuntariamente envuelto en una serie de peripecias que en las que se lo arrojan al riesgo y la incomodidad, mientras busca salir de ahí por medios poco convencionales– o Preston Sturgess, cuyos gags, sus pequeños gestos, colaboran con una detención del continuum temporal para mirar el mundo desde otra perspectiva y, así, transformarlo.

Retratando una época signada por el desamparo trascendental (expresión del Lukács de *Teoría de la novela* que tan en consideración tendrá Kracauer), Ginster configura un libro en el que un solitario que se topa con personajes de todas las índoles y que, más allá de sus diferencias, no dejan de ser compañeros de infortunio. A su vez, arroja una suerte de metacrítica sobre las formas de la novela y de la biografía (que se conecta con lo que expresa el mismo Kracauer en su artículo “La biografía como forma de arte de la nueva burguesía” de 1930). Serán, entonces, dos escenas signadas por la marginalidad las que protagonizarán las escenas finales del libro junto a Ginster: el encuentro con una anciana prostituta y la fijación en el ruinoso espacio portuario de la ciudad de Marsella. A estas figuras, que exponen la caducidad, la melancolía, Ginster se siente estrechamente unido, tal vez por única oportunidad en todo el escrito.

Así, si tensamos el arco que tiene en un extremo al tratado filosófico sobre la novela policial y las breves crónicas culturales como “El circo”, “Culto a la distracción” o “El ornamento de la masa”, “Las pequeñas dependientas van al cine” o los textos sobre arquitectura y el memorial del Reich, pasando en su hilo por el primer libro de Kracauer escrito en el exilio, *Jacques Offenbach y el París de su tiempo* o las recensiones norteamericanas de cine, hasta el otro extremo, en el que hallamos *Teoría del cine* o *Historia. Las últimas cosas antes de las últimas*, divisamos en Ginster una pieza fundamental.

Párrafo aparte merece el estudio introductorio de Miguel Vedda, uno de los principales propulsores contemporáneos de la obra de Kracauer en el mundo hispanoamericano y traductor de esta novela. Vedda (compilador, junto a Carlos Eduardo Jordão Machado, de los textos que conforman el libro *Siegfried Kracauer. Un pensador más allá de las fronteras*, publicado en 2010, y autor de *La irrealidad de la desesperación: estudios sobre Siegfried Kracauer y Walter Benjamin*, de 2011) ubica la lectura de modo riguroso en el contexto del pensamiento del autor y, colabora con la ampliación de la mirada, pues conjuga el texto de Kracauer con las producciones estéticas alemanas y, particularmente, con aquellas de la República de Weimar.

Tenemos, por lo tanto, un texto que se articula directamente con la producción general de Kracauer, pero también con obras de Walter Benjamin –desde sus escritos tempranos, directamente vinculados con la Primera Guerra, hasta las tesis Sobre el concepto de historia y con particular énfasis en *Calle de dirección única*–, Theodor W. Adorno –y, por ejemplo, sus estudios sobre la interioridad en *Kierkegaard. La construcción de lo estético*– o Ernst Bloch en *Rastros* o *Herencia de esta época*.

De todas maneras, y más aún, tenemos un libro que amplía los alcances de la Teoría Crítica y se proyecta sobre nuestra época con una luz intensa, pues nos permite contemplarla en todo su espectro, en la multiplicación de diversiones y de brillos que esconden la oscuridad de las tendencias de uniformización conformista y de catástrofe permanente solapada en el presunto progreso.

Alexis Ariel Chausovsky
alexchaus@hotmail.com